
Entrada libre

El caso de Adriano Sofri

Carlo Ginzburg

Tomado de *London Review of Books*, abril de 1997. Traducción de Lligany Lomelí

En 1968, la irrupción de la juventud insubordinada parecía desbordar las barreras del lenguaje, la cultura o la clase social. Hoy, treinta años después, no deja de asombrar no sólo la homogeneidad del movimiento sino también las diversas huellas que dejó en diferentes países. En Alemania, por ejemplo, los efectos de 1968 —o al menos eso le parece a un extranjero— se expresaron fundamentalmente en la vida privada en la que se abrió un abismo generacional. En Italia, se cimbró profundamente la estabilidad política y social. La lucha de los obreros por mejorar sus condiciones laborales, inspirada en el ejemplo francés, se prolongó con amargura durante el “otoño caliente” de 1969. Llegó a su clímax el 12 de diciembre con la explosión de una bomba en una sucursal de la Banca dell’Agricoltura en Milán: 16 personas murieron y otra falleció poco después. El mismo día explotaron dos bombas más en Roma: una en un banco y la otra junto al Altare della Patria, pero no hubo heridos en ningún caso. Según el *questore* (el funcionario estatal a cargo del orden público), los anarquistas milaneses eran responsables de los atentados.

Muchos años después, como resultado de las investigaciones realizadas por algunos magistrados valientes, se perfiló un panorama muy distinto: las bombas fueron colocadas por neonazis, a quienes protegían e instigaban los servicios secretos, con la intención de responsabilizar a los anarquistas y de este modo empujar el país hacia la derecha. Como lo expresó el titular de un panfleto —que tuvo un poderoso efecto en Italia—, lo que había ocurrido era una “masacre de estado”.

Tras las consecuencias inmediatas a los atentados, la versión oficial comenzó a volverse sospechosa. Se “identificó” como responsable a Pietro Valpreda, un bailarín, y la policía y la prensa moderada lo describieron como un “monstruo”. Detuvieron ilegalmente por tres días en los cuarteles de la policía de Milán a un amigo de

Hoy, con el fin de la guerra fría, se admite por lo general que se pagó un precio muy alto por contener el avance de la izquierda en Italia. ¿Pero quién lo pagó y a quién se le pagó? La respuesta no es clara. Ciertamente, la corrupción política y la colusión entre gobierno y mafia demuestran que una parte sustancial de la sociedad italiana se benefició de esta situación, directa o indirectamente.

Valpreda, ferrocarrilero y anarquista: Giuseppe Pinelli, quien durante un receso del interrogatorio se cayó de una ventana y murió. En una conferencia de prensa inesperada que se ofreció esa misma noche, la policía de Milán anunció que Pinelli se arrojó a la muerte gritando: “Es el fin de la anarquía.” La policía presentó este hecho como una confesión de la culpabilidad de Pinelli; aunque más adelante negaron haberlo dicho jamás.

Mucha gente vio en estos acontecimientos un intento por confundir al público; y en una campaña de prensa extremadamente violenta que entabló el grupo de izquierda extraparlamentario Lotta Continua a través de su propio periódico, expresó la convicción, ampliamente compartida tanto por la izquierda parlamentaria como por la extraparlamentaria de que a Pinelli “lo habían suicidado” durante el interrogatorio; y que la persona responsable de su muerte era el comisionado de la policía Luigi Calabresi. El objetivo de Lotta Continua era reabrir la investigación sobre la muerte de Pinelli, archivada durante varios años como un caso de *malore attivo*, o “ruptura activa” —los recursos de la legislación italiana son infinitos—. Tras una larga indecisión, Calabresi demandó finalmente a Lotta Continua por difamación, pero el juicio se suspendió y nunca concluyó a raíz de que el abogado de Calabresi desafió a un magistrado, bajo los ambiguos argumentos de prejuicio.

El 17 de mayo de 1972, Calabresi murió asesinado en la puerta de su casa. Nadie se declaró responsable. Lotta Continua declaró que el asesinato político no era un instrumento de liberación social, pero que le era imposible condenar un acto en el que las clases explotadas reconocían “su voluntad de justicia”.

La cacería de los asesinos de Calabresi se inició de inmediato. El 31 de mayo de 1972, tres *carabinieri* fueron asesinados en una emboscada en Peteano, en las inmediaciones de Gorizia. Un *pentito*, o soplón, Marco Pisetta, sostenía que tanto la emboscada en Peteano como el asesinato de Calabresi eran parte de una campaña subversiva de Lotta Continua. Un grupo de oficiales de los *carabinieri* lo apoyó pero más tarde se les acusó de conspiración por engaño.

Durante la siguiente década, los artefactos explosivos colocados en plazas públicas y trenes italianos cobraron cientos de víctimas. En el verano de 1980, ochenta personas fueron asesinadas en la sala de espera de la estación de Bolonia. Al menos en esta ocasión, varios miembros del servicio secreto fueron castigados por difundir información equivocada sobre el atentado y sus responsables. La gente que hace esto no sólo quiere ocultar la verdad: quiere encubrir a alguien. ¿A quién encubría el servicio secreto en el verano de 1980 y por qué?

A lo largo de toda la década anterior, la izquierda italiana —incluido el Partido Comunista— vivió con el temor de un golpe de estado fascista, o maquinado por la CIA, que llevara al poder a un régimen autoritario al estilo de los coroneles griegos. Hoy, con el fin de la guerra fría, se admite por lo general que se pagó un precio muy alto por contener el avance de la izquierda en Italia. ¿Pero quién lo pagó y a quién se le pagó? La respuesta no es clara. Ciertamente, la corrupción política y la colusión entre gobierno y mafia demuestran que una parte sustancial de la sociedad italiana se benefició de esta

situación, directa o indirectamente. Sin embargo, no pudo haber sucedido sin apoyo del extranjero: ni la investigación “Mani pulite” sobre la corrupción política ni el juicio en Palermo al ex primer ministro Giulio Andreotti se hubieran podido imaginar antes de 1989. Es significativo que Andreotti explícitamente remontara a una fuente estadounidense el cargo que se le hizo de coludirse con la Mafia.

Es posible ver las masacres como un precio adicional que se pagó para contener a la izquierda. Los que instigaron y realizaron esas masacres, y sus cómplices, en la mayoría de los casos no han aparecido. Sin embargo, es posible que los cambios en el clima político saquen a la luz algunos fragmentos de un pasado inadmisibles. Hace algunas semanas, se descubrieron “por accidente” varios expedientes del Ufficio Affari Riservati (literalmente, Departamento de Asuntos Confidenciales). El Departamento desempeñó un papel turbio en la “estrategia de tensión” de finales de los años sesenta y principios de los setenta, y después se cerró. Tal parece que muchos de los varios cientos de los documentos encontrados conciernen a las masacres. Pero éste, no obstante, podría ser otro ejercicio de desinformación.

Durante años, la policía buscó a los asesinos de Calabresi tanto entre grupos de extrema izquierda como de extrema derecha, pero en vano. Entonces, en 1988, como resultado de la confesión de Leonardo Marino, ex obrero de la Fiat y más tarde militante de Lotta Continua, el caso se reabrió repentinamente. (La misma Lotta Continua se disolvió en 1976.) Marino testificó que 16 años atrás había participado en el asesinato de Calabresi, como chofer del coche del agresor. Según Marino, el verdadero asesino fue Ovidio Bompressi, otro ex militante de Lotta Continua; los instigadores fueron el dirigente del grupo, Adriano Sofri, y Giorgio Pietrostefani, uno de los miembros del comité. El 2 de mayo de 1990, los tribunales de Milán condenaron a Sofri, Pietrostefani y Bompressi a 22 años de prisión, y a Leonardo Marino a once. Siguió seis juicios más, como parte de un proceso que se prolongaría por un total de nueve años, sobre todo por la extrema lentitud del sistema judicial italiano (que por lo general consta de tres niveles: el Tribunal de Sesiones, el Tribunal de Apelación y la Corte di Cassazioni —que consideró el caso no menos de tres veces—). Mientras esperaban el veredicto final, los acusados gozaron de libertad bajo fianza; incluso conservaron sus pasaportes.

El 22 de enero de 1997 se emitió el veredicto final y ahora Sofri, Pietrostefani y Bompressi están presos. Su delator, Leonardo Marino, hace algún tiempo se convirtió en un ciudadano libre: su colaboración con el sistema de justicia le valió su recompensa. Los jueces —aunque no todos ellos, como se verá— sostuvieron que Marino había dicho la verdad, tanto sobre sí mismo como sobre los demás.

Yo mismo llegué a la conclusión contraria en un opúsculo titulado *El juez y el historiador: observaciones al margen del Juicio Sofri* (1991), basado en la revisión de unas tres mil páginas que conforman las transcripciones de las audiencias del primer juicio y del veredicto con el que concluyó. En el opúsculo, yo argumentaba que no se le podía creer a Marino y que Sofri, Pietrostefani y Bompressi eran inocentes. Hoy diría exactamente lo mismo, seis años después.

Hace algunas semanas, se descubrieron “por accidente” varios expedientes del Ufficio Affari Riservati (literalmente, Departamento de Asuntos Confidenciales). El Departamento desempeñó un papel turbio en la “estrategia de tensión” de finales de los años sesenta y principios de los setenta, y después se cerró. Tal parece que muchos de los varios cientos de los documentos encontrados conciernen a las masacres. Pero éste, no obstante, podría ser otro ejercicio de desinformación.



En Italia desde hace mucho tiempo ha sido muy acalorado el debate sobre los llamados pentiti y el papel que han desempeñado, particularmente en los juicios contra la mafia. Varios de los cargos contra Andreotti, por ejemplo, se basan en declaraciones tomadas a pentiti. La ley italiana es clara: los cargos de los que acusan los pentiti se deben corroborar de manera independiente.

Tomemos el “arrepentimiento” de Marino. Se dice que se presentó con los *carabinieri* en un estado de angustia moral y remordimiento por lo que había hecho, no obstante que no dejó de cometer robos hasta la víspera de su “arrepentimiento” —también vendía crepas en una camioneta—. Más importante aún es la niebla que circunda su colaboración inicial con los *carabinieri*. En un principio, la fecha que se dio de su primer encuentro fue el 20 de julio de 1988. En el curso del juicio salió que los encuentros, que ocurrían de noche en las barracas de Sarzan, habían comenzado ya desde el 2 de julio —aunque en una conferencia de prensa el 28 de julio, el coronel Nobili habló de contactos que se habían iniciado “hacia algunos meses”—. Pomarici, magistrado a cargo de los interrogatorios, debió saber que desde un principio se dio una fecha equivocada. ¿A qué se debía esa incongruencia? ¿Qué se dijeron entre sí Marino y los *carabinieri* durante esas conversaciones nocturnas que no quedaron registradas?

Uno de los participantes en los encuentros nocturnos era el coronel Bonaventura, un colega del general Dalla Chiesa, encargado en ese tiempo de la lucha contra el terrorismo. En su testimonio, Bonaventura afirmó que Marino sólo se había referido a un “hecho serio” sin especificarlo: no mencionó su participación en el asesinato de Calabresi hasta el 21 de julio, en Milán, en presencia de Pomarici. ¿Quién puede creer que un antiguo oficial de la policía, involucrado desde hace tiempo en el caso Calabresi, iba a salir corriendo a conocer a un vendedor de crepas desconocido si no tuviera una gran historia que contar? De hecho, en las transcripciones queda claro que tanto el coronel Bonaventura como Manlio Minale, presidente del Tribunal de Sesiones, filtraron inadvertidamente que el asesinato de Calabresi se *había* discutido durante esas conversaciones nocturnas. ¿Por qué ocultar el hecho más tarde? ¿Por qué mentir sobre las circunstancias del “arrepentimiento” —las comillas son obligatorias— de Marino?

En Italia desde hace mucho tiempo ha sido muy acalorado el debate sobre los llamados *pentiti* y el papel que han desempeñado, particularmente en los juicios contra la mafia. Varios de los cargos contra Andreotti, por ejemplo, se basan en declaraciones tomadas a *pentiti*. La ley italiana es clara: los cargos de los que acusan los *pentiti* se deben corroborar de manera independiente. Marino, sin embargo, tenía confusión sobre el color del coche que se usó en el ataque, y sobre su propia ruta de escape; ha dicho que inmediatamente después del asesinato echó el coche en reversa alrededor de 15 millas, algo que ninguno de los testigos oculares notó; ha sostenido que él era el conductor del coche, mientras numerosos testigos declararon que vieron una mujer al volante, y en algunos casos fueron capaces de describirla en detalle. Lo único que parece muy posible es que Marino mintiera sobre su participación en el asesinato de Calabresi.

Marino dice que conoció por primera vez a Sofri después de un carrera automovilística en Pisa el 13 de mayo de 1972, y que entonces Sofri, ahí mismo, en medio de una calle atestada de gente, le dio la orden de ir a Milán y asesinar a Calabresi. Esto parece absolutamente poco plausible. Aparte de todo, el 13 de mayo llovía en Pisa. La lluvia está documentada en fotografías que muestran al

público asistente a la carrera cubierto por un mar de sombrillas abiertas y docenas de testigos declararon sobre este hecho. ¿Fue una auténtica lluvia torrencial, según lo recordó Sofri, o sólo una lluvia intermitente, según lo reportó el estado del tiempo? El veredicto dice: "Es cierto que empezó a llover durante la carrera. También es cierto, sin embargo, que no llovió tan fuerte como el acusado nos dio a entender." ¿Realmente se puede tomar en cuenta una diferencia de cantidad —perfectamente posible después de 16 años— como evidencia de una conversación entre Sofri y Marino? Según Marino, no hubo testigos de la conversación. La verdad es que, en un principio, Marino dijo que Pietrostefani también estuvo presente, pero cambió su historia cuando se le señaló que Pietrostefani, siendo muy conocido en Pisa, habría tenido mucho cuidado de no aparecer en público, pues en ese tiempo permanecía oculto —la policía lo buscaba como miembro del comité de Lotta Continua en relación con un volante que elogiaba el secuestro de un empleado de la Alfa Romeo—. La lista de contradicciones e imprecisiones en los alegatos de Marino es interminable. Y si uno pregunta por la evidencia que confirme su informe, la respuesta es sencilla: no existe. La palabra de Marino es la única "evidencia" que hay contra los tres hombres.

¿Por qué habría mentido Marino? Hay muchas explicaciones posibles, que incluyen amenazas y ofertas de dinero de la policía, pero ése no es el problema. Del curso del proceso dependía probar que Marino decía la verdad, y que la evidencia no aparecía. La Corte de Cassazione finalmente lo reconoció en una sesión plenaria el 22 de octubre de 1992, cuando sometió el veredicto del Tribunal de Apelaciones de Milán a una revisión detallada: la "evidencia" para los cargos de Mariano se declaró insuficiente, y las condenas se fueron a pique. Comenzó una nueva audiencia: el nuevo jurado, constituido —según lo establece la ley italiana— por jueces de toga y miembros del público, volvió a examinar el caso. Los acusados fueron absueltos.

En respuesta, el juez *a latere*, responsable de esbozar la justificación *post hoc* del veredicto como lo requiere la ley italiana, presentó todo de una manera tan contradictoria que la Corte di Cassazione tuvo que anular el juicio por faltas en el procedimiento. Así fue que zozobró la voluntad del pueblo expresada por un jurado: otro ejemplo para los que se refieren a Italia como "la cuna del derecho". Se realizó un juicio nuevo —el sexto—, que anuló el resultado del cuarto juicio y confirmó el veredicto del primero que los declaraba culpables. Se ignoró el veredicto de la Corte di Cassazione, que solicitaba evidencias más convincentes. Pero parece que no fue nada fácil llegar al nuevo veredicto: algunos miembros del jurado del sexto juicio han declarado, protegidos por el anonimato, que el presidente del Tribunal, Giangiacomo Della Torre, los presionó e insistió para que llegaran a un veredicto que los declarara culpables. El abogado de la defensa hizo una acusación detallada sobre el veredicto y la oficina del fiscal en Brescia abrió una investigación sobre presuntas irregularidades. El curso razonable de las cosas habría sido esperar los resultados de esta investigación, especialmente en caso tan delicado y controvertido. La Corte di Cassazione decidió de otro modo. Deliberó y sostuvo las sentencias. Sofri, Pie-

¿Por qué habría mentido Marino? Hay muchas explicaciones posibles, que incluyen amenazas y ofertas de dinero de la policía, pero ése no es el problema. Del curso del proceso dependía probar que Marino decía la verdad, y que la evidencia no aparecía.



A la pregunta sobre quién mató a Calabresi, no puedo responder. Sólo puedo hacer algunas observaciones basadas simplemente en el sentido común.

Es posible que los asesinos de Calabresi provinieran de la extrema izquierda, lo mismo que de la extrema derecha —en cuyo caso fueron inspirados y protegidos por el servicio secreto—.

trostefani y Bompressi están en la cárcel. Si se concediera una disminución de la condena, es probable que permanezcan presos 18 años.

La prensa italiana dio una amplia cobertura al desenlace del proceso y mucha gente se manifestó —un tanto tarde— del lado de los acusados, o al menos expresaron su incertidumbre. Pero cuando se señaló que había pasado un cuarto de siglo desde el asesinato de Calabresi y que Sofri, Bompressi y Pietrostefani, culpables o inocentes, son hoy personas muy distintas, Francesco Saverio Borrelli, presidente de la Corte de Milán y responsable de la investigación original sobre el asesinato de Calabresi, observó que no tenía sentido invocar el tiempo transcurrido: después de todo, dijo, lo mismo se podría argumentar en el caso de Priebke, el oficial alemán que ordenó la masacre de Fosse Ardeatine en 1944.

Una diferencia crucial es que Priebke, un nazi, fue extraditado a Italia desde Argentina, donde se escondió durante varias décadas. Pietrostefani regresó voluntariamente de Francia —no estaba bajo amenaza de extradición— para reunirse con sus dos amigos en prisión. Durante los últimos nueve años y en los intervalos en los que atendía el proceso judicial, Bompressi visitó con frecuencia Bosnia para colaborar en programas de ayuda, en tanto que Sofri escribió artículos desde Sarajevo mientras la bombardeaban, y salvó la vida de tres rehenes italianos en Chechenia.

Borrelli es hombre de inteligencia lúcida, pero sus observaciones revelan un inquietante exceso de emoción. La investigación “Mani puite” otorgó a los que la condujeron —Borrelli y los magistrados del proceso en Milán— notoriedad considerable en la vida pública italiana. Durante años, periódicos y televisión han informado sobre todas sus declaraciones, por insignificantes que éstas sean. Es posible que exista una fuerte tendencia por volver un éxito todas las pruebas en las que ellos están involucrados. He examinado atentamente las transcripciones de los interrogatorios reunidos por el magistrado a cargo de la investigación, Antonio Lombardi: la orden judicial que él mismo preparó para enviar a juicio a los acusados, los discursos finales de Pomarici en el Tribunal de Assize, y así sucesivamente. La investigación que comenzó mal terminó peor. Muchos sostienen, como dije, que estos procesos judiciales interminables estuvieron acompañados de serias irregularidades y diversos tipos de presiones. Si, por otro lado, todo ha procedido según las reglas, entonces tenemos que concluir que algo está podrido en las reglas.

Algo que está indudablemente podrido, y que se encuentra en la raíz de estos procesos, es la confesión de Marino. Ya he dicho que estoy convencido de que Marino miente. ¿Pero miente de *motu proprio* o porque otros lo incitan a hacerlo?

A la pregunta sobre quién mató a Calabresi, no puedo responder. Sólo puedo hacer algunas observaciones basadas simplemente en el sentido común. Es posible que los asesinos de Calabresi provinieran de la extrema izquierda, lo mismo que de la extrema derecha —en cuyo caso fueron inspirados y protegidos por el servicio secreto—. Si la primera suposición es correcta, Calabresi fue asesinado porque se le consideró responsable de la muerte de Pinelli; de ser la segunda suposición, fue con ánimo de enardecer aún más una situación política ya para entonces tensa en extremo, o tal vez porque sabía

demasiado. Ambas teorías son plausibles: ambas —pero particularmente la segunda— son compatibles con la posibilidad de que Marino fue inducido, ya fuera por chantaje o soborno o las dos cosas, a declararse culpable junto con los otros. En otras palabras, un ejemplo más del tipo de mentira y desinformación que apareció en Italia después de 1969. No tengo todos los datos para llegar a tal conclusión, pero tampoco me siento con ánimo como para rechazarla. Ya me he referido a los elementos sospechosos de la historia de Marino, de su “arrepentimiento” en adelante. Ahora voy a añadir el más inquietante de todos: la destrucción sistemática por la policía de la evidencia material relacionada con el caso de Calabresi. La ropa que vestía Calabresi el día del asesinato desapareció en 1972 sin que nadie la examinara. El Fiat 125 azul que usaron los agresores se desechó como chatarr a el 31 de diciembre de 1988, a los cinco meses del arresto de Sofri y sus compañeros, “debido a la falta del pago de tenencia entre 1978 y 1983”; la bala que mató a Calabresi se subastó el 15 de febrero de 1987, por “falta de espacio”. ¿Quién puede tomar en serio estas explicaciones grotescas? ¿La policía trató de ocultar algo? ¿Se quiso proteger a alguien? No estoy en situación de responder a estas preguntas. Sólo sé que se destruyó la evidencia material, que se creyeron las palabras de Marino, y que tres personas inocentes fueron declaradas culpables sin prueba alguna.

Las repercusiones del caso no se han confinado a Italia. En la prensa alemana han aparecido artículos, y un grupo de intelectuales franceses firmaron un apelación lanzada por Jacqueline Risset en la *Quinzaine Littéraire*. En Polonia, Adam Michnik recordó las discusiones que sostuvo con Adriano Sofri en Varsovia en 1979, y expresó públicamente la esperanza de que el presidente Scalfaro interviniera para revocar un veredicto injusto. Semejantes reacciones se pueden explicar en parte por el prestigio de que goza Sofri, el más conocido de los tres, y en parte por el significado simbólico que el caso ha asumido como un juicio a todo lo que 1968 representó.

La tarde del 15 de febrero de 1997 yo estaba en Pisa, junto con otras 10 mil personas, para manifestarme en contra del veredicto que condenaba a Sofri, Pietrostefani y Bompresi. Durante varias horas, los micrófonos del improvisado escenario transmitieron discursos, lecturas y música. La multitud llenaba toda la gran *piazza* frente al Palacio Vasari de los Caballeros de Malta, en el que hoy se encuentra la Scuola Normale donde, al principio de los años sesenta, conocí a Adriano Sofri y me hice su amigo.

Conozco a Ovidio Bompresi y a Giorgio Pietrostefani sólo de vista. Adriano Sofri ha estado cerca de mí por muchos años. Tras la disolución de Lotta Continua, cada uno de los tres tomó un camino diferente. Bompresi trabajó como periodista en *Massa*. Pietrostefani echó a andar varios negocios y recientemente se había involucrado con un centro para drogadictos jóvenes en Francia. Sofri daba clases en la Academia de Bellas Artes de Florencia. Poco después de la primera condena, perdió el empleo, y entonces se volvió reportero de periódico y televisión. Ha escrito varios libros, algunos vinculados con el juicio, otros no. Entre los últimos está el mejor, y

¿La policía trató de ocultar algo? ¿Se quiso proteger a alguien? No estoy en situación de responder a estas preguntas. Sólo sé que se destruyó la evidencia material, que se creyeron las palabras de Marino, y que tres personas inocentes fueron declaradas culpables sin prueba alguna.



el más reciente, *Il nodo e il chiodo*, conmovedora autobiografía intelectual disfrazada bajo una serie de breves ensayos reflexivos.

Algunas personas jamás cambian, permanecen atrapadas en sus sueños de juventud, y no pueden aceptar ni la derrota ni el paso del tiempo. Hacía mucho tiempo —alrededor de 20 años, antes del secuestro de Aldo Moro— que Sofri se había despedido del sueño de la revolución. Pero jamás, ni siquiera por un momento, repudió la pasión política que lo inspiró en su juventud. En el lenguaje legal italiano hay una expresión: *distanza di rispetto*. Recuerdo que una vez hablé sobre esto con Adriano: la frase insinúa que uno respeta su propio pasado, pero que lo mantiene a distancia. En esta mezcla de generosidad y claridad de visión crítica reconozco las características de alguien de quien he aprendido mucho, y a quien le estoy profundamente agradecido.

La muerte de las notas al pie. Informe sobre una exageración

Anthony Grafton

Tomado de *The Wilson Quarterly*, invierno de 1997. Traducción de Antonio Saborit.

Durante una semana a finales del verano y principios del otoño de 1966, los hombres mordieron a los perros. No tanto como eso, pero ocurrió algo casi tan sorprendente. Las notas al pie se apoderaron de los titulares de los periódicos. Un artículo del *New York Times* informó a los impactados lectores que se había desatado una polémica sobre tan oscuro tema. Muchos académicos, sostenía el reportero, se alejan de las notas al pie. Los historiadores de cierta experiencia, con el deseo de comunicarse con sus lectores, consideran las notas como un exceso de peso que sofoca a su alegre prosa. Famosos académicos de las letras, deseosos de explorar sus propias experiencias en ensayos personales, no ven la necesidad de desperdiciar espacio en las formas tradicionales de documentación. Alguna vez las largas notas al pie identificaban a sus autores como veteranos explotadores de bibliotecas y archivos. Hoy sólo descubren la pedantería de los jóvenes escritores al tratar (y fracasar) de darle el elegante perfil de un libro legible al tabique de su tesis. Los cantos de la experiencia se han convertido en cantos de inocencia.

Las imprentas universitarias se especializaron tradicionalmente en sacar libros en los que una gruesa producción de notas al pie cubría, y a veces separaba, las páginas a las que pertenecían. Pero